

# CRONICA DE LA DESTRUCCION DE MALLORCA

en algo tan asequible como comprarse cinco kilos de naranjas en un supermercado de medio pelo. Guillermo Luis Díaz-Pla dice: «Para comprender el principio en que se basó la transformación del modo de concebir y realizar las vacaciones en el extranjero, hay que acudir a dos palabras claves: "charter" y "tour operator"... En cuanto al "tour operator" es el sucesor natural de la agencia de viajes tradicional, a la que ha sobrepasado claramente, por su visión de la evolución del mercado. Mientras que la agencia seguía aferrada al esquema clásico, la suma del precio del billete de avión en línea regular más los quince días en el hotel, no podían ser inferiores a una determinada cota. La intuición del "tour operator" consistió en acudir a las compañías "charter", que abarataban de cinco a diez veces el precio del viaje, por una parte. Por otra, a medida que han sido capaces de controlar —por su red de agencias, propaganda y promoción— la demanda, han presionado sobre la oferta hotelera. Mediante la reserva en firme de un número elevado de plazas, mediante el pago adelantado, han conseguido rebajas muy sustanciales en los precios habitación-día».

En el estudio realizado por el Sindicato Provincial de Hostelería de Baleares, se daban las nueve condiciones mínimas que debe reunir una zona turística para recibir turismo masivo: país latino, paz y estabilidad político-social, clima soleado y mar tranquilo, accesos por aire, precios a la baja, concentración hotelera inicial, paisaje pintoresco, empresariado preparado, emplazamiento para líneas aéreas. ¿Conocen a este sujeto?

Las Baleares están divididas en diez zonas de promoción turística sistemática, científica, diríamos. Nada que oponer, si la opción turística fuera eso, una opción, y no la única salida, esa solución final para una España reducida a sus costas y a la posible formación futura de un mar interior que las duplique. Mallorca es ya hoy el lugar donde pasan las vacaciones los obreros del Mercado Común y los ancianos jubilados de Escandinavia. Tampoco nada que oponer, si este hecho no convirtiera a la población aborigen en camareros, obreros de la construcción, campesinos y pastores, para siempre obligados a tener preparadas las zapatillas para el reposo del guerrero industrial europeo.

Por otra parte, la impotencia del capitalismo mallorquín para desarrollar una industria autóctona se ha perpetuado a la hora de plantear la industria turística. «La escalada de la colonización económica —dice Díaz-Pla— no se termina. Actualmente, los grandes grupos financieros que representan a los "tour operators" han comenzado a construir sus propios hoteles. Por ahora no son muchos, pero de seguir la tendencia, las consecuencias previ-

sibles son nefastas, porque, como es lógico, el "tour operator" enviará preferentemente a los turistas a sus propios hoteles, y sólo cuando los tenga completos acudirá a los otros, cuyo control de precios seguirá teniendo».

«Estas nuevas edificaciones hoteleras figuran, teóricamente, a nombre de propietarios españoles, pero son nombres de paja. Por este procedimiento se puede llegar al control de los ingresos por "contemplación del paisaje", rigurosamente programada por los "tour operators". Es posible que en un futuro, a la reivindicación del Peñón de Gibraltar, debemos sumar la de las Cuevas del Drach», dice Díaz-Pla.

Mallorca ha pasado sin transición desde la realidad de George Sand o Cabanyes a la realidad del vuelo «charter», del «...millón seiscientos mil personas (que) vinieron aquí habiendo dejado pagados en Londres, Frankfurt o Estocolmo sus viajes y estancias por valor de 30, 40 ó 50 libras... Es decir, que a las Baleares vienen con el dinero de bolsillo...». Un turismo masivo, depredador de costumbres, que consume según las especiales reglas de la oferta y la demanda turística: «bisteca» con patatas, «cantaoras» de flamenco adocenado, botijos, «slurris», eso sí (¡qué curiosa la estampa de un niño inglés soplando por un juguete que fue, y en cierto sentido es, la huella del nivel cultural natural de todo un pueblo!). Ese turismo, apenas si llega a la ensaimada y la sobrasada. No han llegado todavía al «camillot», de ahí el superior nivel medio que conserva la pureza comercial de este embutido con respecto a la sobrasada.

La isla se ha llenado de inmigrantes de toda España que cubren, sobre todo, los trabajos de construcción. El campesino sigue en sus pueblos del interior, resabiando su lenguaje, a veces simples interjecciones en ninguna gramática registrada. Sigue amando el cerdo, Dios de la vida, como la aman los campesinos gallegos o extremeños, como lo ama todo español que le debe más que a la ternera. Las gentes más lúcidas intentan medrar en el mundo de los negocios del sol o buscan la promoción cultural en Barcelona o Madrid: los de Barcelona, tras la estela de Villalonga o Baltasar Porcel, y los de Madrid, casi inevitablemente, tras la estela de don Antonio Maura.

Pero también hay gentes lúcidas que se quedan y tratan de recuperar las señas de identidad, y aunque ni quito ni pongo Rey, entre los que buscan esas señas de identidad en Jaime el Conqueridor, o los que las buscan en el sustrato árabe, o los que piden una síntesis y una asunción de unas y otras raíces, si me apunto a una reivindicación, que algún día estará al alcance de cualquier comunidad de nuestro país, de nuestro mundo: realizarse a partir del punto justo donde coinciden, se rechazan, pero enriquecen mutuamente, la tradición y la revolución. ■ M. V. M.

# La Capilla siXtina

## LA EDUCACION DE LOS HIJOS

Un servidor no tiene hijos conocidos, y a ello atribuyo buena parte de la tranquilidad, que no consigue quitarme la situación política o deportiva del país. Si no fuera por los sobresaltos que me produce pasar de la primavera política al invierno político siberiano, si no fuera por lo mal que se juega al fútbol por aquí y por lo caros que se han puesto la ternera y el bacalao, yo sería un hombre sin grandes angustias metafísicas. Contra lo que va diciendo la jovencita Moix por ahí, a mí no me duele España ni casi nada. Tengo una excelente salud heredada de un sanísimo árbol genealógico, en el que se juntan campesinos gallegos con marinos murcianos. De ahí debe provenir mi entusiasmo por el lacón con grelos y por el embutido con metalaiva.

Pues bien. Los hijos no son materia de mi preocupación. Pero no desconozco el problema. Tengo amigos y algunos se han complicado la vida hasta el punto de casarse, formar una familia y tener hijos. A mis amigos les preocupa el problema de la educación cultural de los niños, como es lógico. Pero también les preocupa el problema de la educación política. Mis amigos son mayoritariamente «izquierdosos», a qué negarlo. Dios los cría y ellos se juntan. Mientras los niños son pequeños no hay problema, aunque les ha asustado mucho un artículo que publicó, en TRIUNFO, Vázquez Montalbán, en el que aseguraba que en algunos colegios filológicos investigadores preguntan a los parvulísimos niños de tres años: «¿De qué hablan tus papás en casa?».

Los problemas vienen después. Cuando los niños crecen y juegan a indios y vaqueros, a policías y ladrones. ¿Qué debe hacer un padre progresista? ¿Una madre pos-Mayo? Los hay que desmitifican de raíz.

—Ernestito, los vaqueros son malos y los indios son buenos.

Ernestito, víctima de la propaganda, suele contestar:

—No entiendo nada de nada, papá.

Y el buen padre contempla cómo los «mass media» destruyen la armonía ideológica de la familia. Pero otros padres, igualmente «progres» y pos-Mayo, han adoptado una táctica diferente.

—Hay que partir de la lucha ge-

neracional. Si los padres parecemos «progres», los niños saldrán de derechas. Lógicamente hemos de aparecer ante ellos como unos reaccionarios.

Y haciendo de tripas corazón, muchos padres han dicho delante mío, a pocas yardas de estas mis orejas, frases así:

—No debería quedar un vietnamita vivo. Los americanos deberían exterminar a todos los niños, viejos y mujeres del mundo.

Los niños, destinatarios de la salvajada verbal, reaccionaban de muy diversas maneras. Todos discutían el derecho de los norteamericanos a matar niños; las mujeres y los viejos les importaban menos, con tal de que no fueran de la familia.

En fin. El sistema no demuestra su eficacia y sólo sirve para que el matrimonio discuta posteriormente y se eche en cara excesos maquiavélicos: «Te has excedido cuando has dicho que Fidel Castro era el brujo malo del Caribe». «¡Pero si era por su bien ideológico!», razonaba el cónyuge. Difícil papeleta. Y por si no estuviera ya bastante convencido, el otro día asistí a una revelladora escena. Unos padres «progres», muy preocupados por esos españolitos que vienen al mundo, «... y una de las dos Españas ha de helarles el corazón», vieron cómo una hija, una niña que se llama Mima, de Myriam, les regalaba un tratado sobre la pena de muerte que había comprado en la papelería de la esquina. La niña tiene ocho años y una vaga idea de estas cosas, pero había comprado el libro para su madre en el día del cumpleaños. Era un obsequio a la figura querida y a las ideas de la figura querida. La hija abastecía de ideología crítica a la madre, porque, de una u otra manera, de ella había recibido este alimento vital.

Y me marché de la casa con un pequeño nudo en la garganta. Será cierto que es irremediable. Que, a pesar de disfrazarnos de reaccionarios, nuestros hijos heredarán nuestra historia de víctimas, el rigor de un invierno en el que ya nacimos, del que tal vez jamás conseguiremos salir.

Aunque, al fin y al cabo, que se las arreglen los que no pensaron en este problema a tiempo e incurrieron en el pecado de optimismo biológico de optimismo histórico.

SIXTO CAMARA